

*ribus nostris.* ¡Dichosa mortificación que tanta gloria nos procura!

Empero ya es tiempo de que, después de haber hablado de la necesidad y preceptos de la mortificación, os indique, siquiera sea brevemente, sus saludables frutos según os propuse. Escuchadme un momento más.

II.

Aunque la mortificación cristiana, A. H. M., no produjera otro fruto que la libertad de espíritu, bastaría esto para que fuese el objeto de nuestras más vehemente aspiraciones. Esta libertad sacrosanta consiste en ser libre de la potestad del infierno, en ser libre de los vicios, de los cuales es esclavo miserable aquel que no los contradice, y que para ello no emplea la mortificación cristiana. Así es que no hay libertad de espíritu «sino allí donde está el espíritu del Señor;» *ubi Spiritus Domini, ibi libertas.* Por esto el Rey penitente exclamaba al Señor diciendo: «Endereza, Dios mío, mis pasos, mis afectos, mis pensamientos, mis palabras y mis obras, no según mis deseos, sino según tu palabra, para que viviendo rectamente llene tus mandamientos, y así no me domine, ni prevalezca en mí la iniquidad;» *gressus meos dirige secundum eloquium tuum, et non dominetur me omnis injustitia.*

¿Y pensáis acaso que esa libertad de espíritu puede alcanzarse de otra manera que por la mortificación? ¡Ah! sin esta mortificación, creedme, A. M., no hay sino esclavitud de espíritu, por más que otra cosa se diga; y esclavo de espíritu es sin duda el que está sometido voluntariamente á algún vicio del que se ha dejado dominar; no pudiendo ya decir lo que David repetía después de haber inquirido las justificaciones del Señor, y haberlas aceptado y fortificado en su alma por la mortificación de las pasiones: «Tuyo soy

yo, Señor, sálvame; porque he buscado tus justificaciones:» *tuus sum ego, salvum me fac; quoniam justificationes tuas exquisivi.* «El hombre del mundo, el que no tiene la libertad del Espíritu del Señor, no puede decir á Dios yo, Señor, soy tuyo; porque tiene muchos señores que le tiranizan, dice á este propósito S. Ambrosio. Se le pone delante la lujuria, y le dice, tú eres mío, porque deseas los placeres de los sentidos: *meus es, quia ea, que sunt corporis, concupiscis.* Viene la avaricia, y le dice: tú eres mío, porque la plata y el oro que has atesorado son el precio con que he comprado tu esclavitud: *quia argentum et aurum, quod habes servitutis tue pretium est.* Llega la esplendidez de los banquetes, y le dice: tú eres mío, porque el convite de un solo día es el precio de toda tu vida: *quia unius diei convivium pretium tue vitæ est.* Tú eres del todo mío, le dice la ambición ¿y no sabes que te elevé sobre los demás para que me sirvieras? ¿Ignoras que te he dado potestad sobre otros para que estuvieses aherrrojado bajo mi poder: *ut mee te subjicerem potestati?* Vienen en fin los demás vicios y dicen todos: tú eres mío: ¿Qué esclavo tan vil y miserable es este á quien tantos le pretenden para sí y le quieren domeñar?» *quem tanti competunt, quam vile mancipium est.*

Es, A. M., el hombre que, rehusando la mortificación cristiana por pesada, insufrible y ominosa, ha aceptado de buen grado la esclavitud de los errores, la esclavitud de las pasiones, y de los vicios. ¡Y se llama no obstante esto á tan baja esclavitud libertad de conciencia, libertad de pensamiento, y qué se yo que más libertades que se consideran como letra abierta para hacer lo que se quiera! Entiendan por Dios esos desgraciados que la perfecta libertad es aquella únicamente con la que Cristo Señor nuestro nos hizo verdaderamente libres:» *qua libertate Christus nos liberavit,* como dice el Apóstol; que el hombre solo es libre cuando obedece, cuando mortifica su orgullo, y todas sus pasiones; y esa mor-

lificación le dá el derecho de gloriarse, en ella encuentra únicamente toda su gloria, todas sus delicias, como sucedia á ese mismo Apóstol: *mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*. Lejos de mí, nunca permita Dios que yo me 'glorie, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en las humillaciones, en los abatimientos de este Señor que todo lo que el mundo ama es cruz para mí, y todo lo que el mundo tiene por cruz me es á mí grande gloria:» *per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo*. «Lleno estoy de consolacion, abundo sobremanera de gozo en padecer algo por Cristo, en sufrir tribulacion y quebranto por Él:» *superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*.

Empero no es solo el fruto de la mortificación cristiana la libertad de espíritu en que queda el alma vencedora en meritoria lucha, combatiendo con las armas de la abnegacion y del sacrificio á los enemigos que tan obstinadamente la hostilizan. Esa mortificación reserva coronas imperecederas mas allá de esta region de lágrimas y de combates; este es su fruto mas importante, y que nadie puede arrebatarnos, porque es adquirido en buena lid, y recibido en la pátria de los santos. Oid si no, A. H. M., las palabras del apóstol del Apocalipsis escritas por mandato del mismo Dios: «Esto dice el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro: Sé tus obras, y tu trabajo, y tu paciencia, y que has sufrido por mi nombre, y no has desfalecido. Al vencedor, al que venciere al demonio, al mundo, y á sí mismo por las obras de la mortificación, daré á comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de mi Dios;» le daré la sabiduria y una dichosa inmortalidad, para que eternamente esté unido con Dios, y se 'alimente de Él en el descanso de la bienaventuranza, que es el término de todos los trabajos: *vincenti dabo edere de ligno vite quod est in paradiso Dei mei*. «Sé tú tribulacion, y tu pobreza; muy rico eres en fe, en gracia, en confianza de Dios, en tra-

bajos y tribulaciones, padecidos por el nombre del Señor. No temas ninguna de estas cosas, que has de padecer. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida:» *esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vite*.

Amados hermanos: estas solemnes promesas no solo las oyeron de los lábios del evangelista de Patmos los fieles de las iglesias de Epheso y de Smyrna, de Pérgamo y de Thyatira; las han oido todo los justos de todos los tiempos, y al oirlas, menospreciando la voz seductora de los placeres, de las comodidades y bienes de la tierra, y el grito fascinador de las pasiones y del infierno, se abrazaron con la cruz de la mortificación, y con ella abrazados atravesaron ese mundo de mentidas ilusiones para recibir en el cielo las recompensas que esa misma mortificación les ha grangeado. Contemplad para vuestra edificación y ejemplo en aquella region de goces infinitos é inmortales á los apóstoles y á los mártires que mortificando en sí hasta el amor mismo á la vida la ofrecieron en las aras del mas generoso sacrificio, y hoy ostentan en la pátria palmas inmarchitables de gloria. Mirad á los confesores y á las vírgenes de Jesus que, habiendo mortificado por la penitencia, por la abnegacion de todo cuanto les rodeaba de mas halagüeño, por la consagracion de todo su ser, los movimientos de la carne, los embates de las pasiones, y las seducciones de los sentidos, gozan ya merced á esa mortificación las dulzuras inefables de la paz sempiterna, los bienes infinitos de la dicha celestial, la vista incomparable é inmortal del Dios por quien se sacrificaron durante su permanencia en es'e valle de dolores. Fijad vuestra atencion en aquella «inmensa muchedumbre, que ninguno podrá contar, compuesta de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas que están en pié ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos:» *in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmæ in manibus eorum*; y sobre todo, reparad en aque-

lla Mujer bendita «vestida del sol, que tiene á sus piés la luna, y cuya frente brilla con el resplandor de estrellas que no se apagan,» en la excelsa y santísima María, Madre de Dios y nuestra Madre, que aparece como Reina de esa multitud innumerable de santos, y preguntadles qué les ha merecido la gloria inefable que hoy gozan para siempre en los cielos. ¡Ah! nosotros comprendimos por la fe, os dirán, que «no podían compararse los trabajos, las mortificaciones y sacrificios de la peregrinacion con la gloria que se nos prometía en la pátria» por esos sacrificios, por esas mortificaciones, por esos trabajos. Esa promesa era del Señor nuestro Dios «cuya palabra es fiel; y persuadidos de que si moríamos con Él, padeciendo y sufriendo hasta dar nuestra vida por su amor, con Él habíamos de vivir» eternamente; hemos muerto con Cristo en el mundo para reinar, como reinamos con Cristo en el cielo: *fidelis sermo: nam si cœmortui sumus, et convivemus*; «y lo que para nosotros era una tribulacion momentánea y ligera en la tierra, nos ha merecido una gloria, cuya solidéz y excelencia es infinita y eterna:» *supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis*.

Ya lo oís, A. M., «no se puede llegar á obtener grandes premios sino por medio de grandes trabajos.» El mundo pervertido no comprende esta celestial doctrina, y por esto llama fanatismo, locura y tiranía á la mortificacion cristiana y se burla de ella, le asusta su solo nombre. Compadezcámosle por su error, y por su obstinacion; y convencidos nosotros de su necesidad, ora para reprimir nuestras pasiones desarregladas, ora para evitar los peligros que nos rodean, y vencer los enemigos que nos combaten, ora para llenar nuestras obligaciones respectivas, y al mismo tiempo cumplimentar los divinos preceptos que la imponen, «armados de paciencia corramos al combate que nos está propuesto: *per patientiam curramus ad propositum nobis certamen*; po-

niendo los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesus, el cual, despreciando la vida tranquila y gloriosa que pudo tener sobre la tierra, sufrió la cruz, quiso mas bien abrazarse con las ignominias, con los sufrimientos y con la muerte, y está sentado á la diestra del trono de Dios:» *qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, atque in dextera sedis Dei sedet*.

Mirad, A. H. M., que María nuestra Madre santísima no siguió otra conducta, imitando á Jesus su divino Hijo; y por esto su ejemplo en la virtud de la mortificacion, como en todas las virtudes que en estos dias hemos admirado en esta Señora, es tan elocuente y edificante. Sea, pues, la Virgen esclarecida de los cielos nuestro perfecto modelo, si nos preciamos de ser sus hijos, y discípulos fieles de Jesus. «Corramos en pos de sus unguentos preciosísimos,» que son sus relevantes y santísimas virtudes, y estas nos facilitarán el camino de la gloria que goza, y gozaremos como todos los santos que la han imitado: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*.

¡Oh! Madre mia, rosa mística del jardin ameno del Esposo divino, embalsamad nuestro pobre corazon con el delicioso perfume de vuestras virtudes; atraedlo hácia Vos con las gracias de que sois tesorera y dispensadora; destilad en nuestras almas el dulce, suave y fecundo rocío que Vos habeis recibido del cielo; acrecentad con vuestra proteccion nuestras buenas obras, para que os acompañemos ante el trono de Jesus, y allí cantemos sus alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.

